

ESTOY en Salamanca, cerca de la plaza de toros. He ido a comer a un bar. Por las ventanillas se ven los caminos de Valladolid, Toro, Zamora... Evocadora vista que hace pensar mucho en un pasado esplendoroso, pero no así en el presente. Junto a mi mesa hay otra con cuatro camioneros que van de paso y hablan de los acontecimientos del día. Uno cuenta que por aparcar, tal vez en un lugar prohibido, acaban de echarle una multa, mientras, al mismo tiempo, el guardia multador, parece no haberse dado cuenta de que un «chorizo» ha roto un cristal del camión y se ha llevado la cazadora del camionero con todos sus documentos. Todos ríen. Yo pienso y no río. Después de un silencio, otro camionero dice, mientras toma la sopa boba, que en España no existe la democracia, sino una dictadura izquierdista o derechista. Yo vuelvo a pensar y toda una nubarrera de dudas pasa por mi cabeza, deseando saber qué puede ser verdad o mentira en la España en que vivimos. Ha llegado un momento que no sé por dónde vamos. Creo que muy pocos saben por dónde van, aunque digan lo contrario. Por eso, sobre esta España desconcertante de nuestros días estoy casi siempre reflexionando para ver si puedo llegar a alguna conclusión positiva. Sé que los llamados «cambios» tardan en realizarse. A veces años y hasta siglos. Pero yo quiero saber, tengo una inquietud que me devora porque no veo nada claro, ni creo en las palabras que cualquier político diga. Creo, eso sí: en su, tal vez, verdad al hablar, pero no sé si se engaña o nos engaña al contar sus utópicas o reales ideas, que él puede creer verdaderas en el momento que habla, o puede creer muy bien que se traiciona o está traicionando al pueblo, buscando el Poder, que como cualquiera sabe, es casi siempre buscar la destrucción. Quisiera creer en algún líder político, pero no puedo, por mucho que lo intente. Sé que así no se puede vivir. No tengo más remedio que salir a la búsqueda de soluciones. Necesito no estar desconcertado en mi camino. Estoy deseando de hablar

EN cuanto me oiga, seguro que usted piensa que soy un ignorante y un ingenuo. Porque quiero decirle que España es —o debe ser— una maravilla. Cierro que yo no lo sé a ciencia cierta, que viajo poco, que apenas si veo otros atascos que los de Madrid. Me consta, sin embargo, que esta España nuestra, esta España donde vivimos, es una delicia. Que todo está en su lugar. Que no hay pobreza. Que todas las cosas marchan a las mil maravillas. No me creo yo, por ejemplo, que haya pueblos sin agua en alerta roja. Tampoco creo que las carreteras sean tan malas, y que los viajes en tren sean una desesperación. Pienso que todo debe funcionar muy bien. No me vengan con historias los que se meten con este Gobierno nuestro, con un presidente tan activo y generoso. Yo no puedo estar de acuerdo con lo que decía, semanas atrás, ese compañero de usted, que tiene mucha gracia y alguna mala, ese compañero que se llama Antonio

QUIERO SABER

Por José MARTÍN RECUERDA

con alguna persona razonadora o serena, que me convenza con su serenidad y su razón. Recuerdo cuando, con estas mismas dudas, estaba escribiendo mi obra dramática titulada «El Cristo» —no estrenada en España, pero sí en Italia—, allá por la década de los sesenta. Plantea la obra, entre otras cosas, lo que pueda ser la fe para los españoles. Me fui al convento de los dominicos de Almagro, antiguo palacio de los Calatravas. Allí me dieron hospedaje. Me hice amigo de todos los frailes. A todos les preguntaba por el problema de la fe, hasta que un día, al padre prior me dijo: «No le preguntes a nadie, porque cada uno te dará una razón distinta.» Si en este mundo todo es darnos razones distintas, es cruel nuestro sino. Por aquel tiempo, y por ahora, me acordaba de la moral kantiana. Recuerdo que uno de sus puntos esenciales era éste: «Nadie debe arrepentirse arrodillado ante el altar, lo que debe conseguir es no tener que arrepentirse arrodillado, porque es un egoísmo grande el tener que pedir a Dios por lo que se haya pecado en la tierra.» No son estas palabras exactas, pero sí su sentido. Qué hermosa y difícil verdad.

Por eso seguiremos buscando en el pueblo y empecemos a entrar en él dentro de este aparente y desordenado «cambio». Vemos que el «vuelva usted mañana» larriano sigue en vigor, así como la idea ganivetiana que dice: «Para llegar a la regeneración de España hay que empezar a regenerarse a sí mismo.» Procuremos ir a una oficina: ¿Quién sabe de los que trabajan en ella lo que nos tienen que decir? ¿Dónde están las oficinistas de hace unos meses? Creo que han «cambiado» a otros despachos o negociados y no saben ya ni lo que hacer ni lo que decir. Están gruñendo siempre y afirman: «No es hora de recibir.» Ayer me lo dijeron a mí en la oficina de teléfonos y tuve que hacerle un saludo militar a la vieja solterona que estaba

allí con un humor de perros. Y no entremos, por ahora, en las oficinas de las Universidades. Todo son «cambios» de habitaciones.

Si entramos en las oficinas de las Delegaciones de Hacienda, donde al parecer todos trabajan como si estuvieran acosados por negros, de unas ventanillas te envían a otras y acabas por no saber nada. Sé de gente recién jubilada que ha pagado a la Hacienda a su debido tiempo, pero al recién jubilado no le ha pagado la dichosa Hacienda cuando tenía o debería pagarle. En fin, que en la cosecha de hogano todo es «reestructuración» y «racionalidad», dos términos que al contrario de lo que sus nombres indican, y hasta ahora, sólo han conseguido más pobreza, más mediocridad y volver loco al lucero del alba.

Me gustaría ser un muchacho «pasota» y no tener nada que ver con estas cosas, pero, ¡ay!, estos «pasotas» han «cambiado también». Apenas se ven sentados en las tabernas de los barrios peores con sus litronas. Sin embargo, creo que la mayor parte de la juventud de ahora es distinta al pasotismo. Otra cosa en la que hay que indagar mucho, porque es una juventud que se busca, que quiere encontrar pureza para vivir. Es una juventud como de convento, de antiguo convento, con pensamientos de pureza constantes, que quiere ver claro su camino y que confío que, será esta juventud misma la que se sabrá salvar. Hay mucha pureza en ella. Mucho intimismo. Mucha soledad y ensoñación. Con esta juventud quisiera yo caminar. ¿Me admitirían? Creo que sí. Me gustaría pasear con ella por los caminos de nuestro país, por esos caminos que aún no están acotados por tablas de «sevillanas». Sé que aprendería mucho. Creo que es una juventud que no pone su vida ni en drogas, ni en tracas folclóricas que tan anunciada tienen su apoteosis en el año 1992. Me quedo reflexionando. Quiero saber. No me canso de repetirlo: quiero saber. Me acuerdo ahora de aquellas palabras de Goethe: «Luz, más luz.» Ojalá llegue a mí esta luz.

FELIPE EL MAGNÁNIMO

Por Rodrigo RUBIO

Burgos. Bueno, pues decía aquí, en las páginas de este periódico, al hablar de las muchas obras en las carreteras (casi como en los tiempos del general Primo de Rivera), decía que muchas obras a la vista, sí, pero «la Telefónica luego es un desastre. Iberia funciona como las líneas aéreas de Mozambique. La sanidad tiene listas de espera que ni un embotellamiento de la operación retorno. La Universidad está asfixiada. La inflación está mantenida en la UVI con respiración asistida, y cuando el dólar diga aquí estoy yo, nos da encefalograma plano». Eso decía, entre otras cosas, todas muy bonitas, pero yo no sé si reales. Porque, vamos a ver: ¿cómo pueden estar tantas cosas mal, aquí en España, si nuestro presidente del Gobierno está repartiendo los miles de millones de pesetas a puñaladas? ¿Cómo podemos tener carreteras

y líneas aéreas africanas, y hospitales asiáticos, y trenes deficientes, y pueblos sin agua, y la educación hecha un desastre, y

los jubilados con escasa pensión, y los minusválidos más tullidos y solos, y los drogatas sin tener donde recuperarse, si es que dicen alto al pinchazo? ¿Cómo puede estar todo eso, que es mucho, tan mal, si nuestro Gobierno, con su presidente a la cabeza, no hace más que repartir miles de millones por ahí? Usted lo sabe. Aparte Nicaragua y otros pueblos en agonía, es que soltó un montón de pasta cuando se largó a Filipinas. Es que fueron 360.000 los millones que le dio a nuestro querido y admirado Alfonsín de Argentina. Y es que ahora han sido 125.000 millones los que le ha dado, casi de regalo, a nuestro vecino de abajo, el calladito pero siempre rumiando algo, don Hassan II. Pues ya ve, ¿cómo puede estar mal España, si nos sobran tantísimos millones? Yo es que no me lo puedo creer, no me lo puedo creer, no...